

Ambos lados de la cámara aplaudieron aquellas elocuentes palabras que expresaban el comun sentir de todos sus individuos. Trafalgar y las famosas victorias alcanzadas por la marina inglesa nunca habian excitado ni mayor alegría, ni mas universal entusiasmo. El interes nacional anduvo unido en esta ocasion con lo que dictaban la justicia y la humanidad, y así las opiniones mas divergentes y encontradas en otros asuntos, se juntaron ahora y confundieron para celebrar en comun y de un modo inexplicable el alzamiento de España. Bastó solo la noticia del de Asturias para causar efecto tan prodigioso. No les era dado á los diputados moverse ni ir á parte alguna sin que se prorumpiese en derredor suyo en víctores y aplausos. Detenemos aquí la pluma ciertos de que se achacaria á estudiada exageracion el repetir aun compendiosamente lo que en realidad pasó. <sup>1</sup> En medio, sin embargo, de la universal satisfaccion estaban los diputados contristados, habiendo transcurrido mas de quince dias sin que aportase barco ni aviso alguno de las costas de España. No por eso menguó el entusiasmo ingles: mas bien, á ser posible, vino á aumentarle y á sacar á todos de dudas y sobresalto la llegada de D. Francisco Sangro, enviado por la junta de Galicia, y el cual traia consigo, no solamente la noticia del levantamiento de tan importante y populosa provincia, mas tambien el de toda la península.

Levantamiento de Galicia.

Galicia, en efecto, se habia alzado el 30 de ma-

yo, dia de S. Fernando. La extension de sus costas, sus muchas rias y abrigados puertos, la desigualdad de su montuoso terreno, su posicion lejana y guarecida de angostas y por la mayor parte difíciles entradas, sus arsenales, y en fin, sus cuantiosos y variados recursos realizaban la importancia de la declaracion de aquel reino.

Ademas de la inquietud, necesaria y general consecuencia del 2 de mayo, conuvió con particularidad los ánimos en la Coruña la aparicion del oficial frances Mongat, comisionado para tomar razon de los arsenales de armas y artillería, de la tropa allí existente, y para examinar al mismo tiempo el estado del pais. Por ausencia del capitán general Don Antonio Filangieri mandaba el mariscal de campo Don Francisco Biedma, sugeto mirado con desafecto por los militares y vecinos de la ciudad, é inhábil por tanto para calmar la agitacion que visiblemente crecia. Aumentóla con sus providencias, porque colocando artillería en la plaza de la capitania general, redoblando su guardia y viviendo siempre en vela, dió á entender que se disponía á ejecutar alguna orden desagradable. El Biedma obraba en este sentido con tanta mayor confianza, cuanto quedaban todavía en la Coruña, á pesar de las fuerzas destacadas á Oporto en virtud del tratado de Fontainebleau, el regimiento de infantería de Navarra, los provinciales de Betanzos, Segovia y Compostela, el segundo de voluntarios de Cataluña y el regimiento de artillería del departamento. Pa-

ra estar mas seguro de estos cuerpos, pensó tambien grangearse su voluntad, proponiéndoles conforme á instrucciones de Madrid la etapa de Francia que era mas ventajosa. Hubo gefes que aceptaron la oferta, otros la desecharon. Pero este páso fué tan imprudente, que despertó en los soldados viva sospecha de que se fraguaba enviarlos del otro lado de los Pirineos, y llenar su hueco con franceses. Sobrecogióse asimismo el paisanage de temor de la conscripcion, en el que le confirmaron vulgares rumores con tanta mas prontitud, creidos en semejantes casos, cuanto suelen ser mas absurdos. Tal fué por ejemplo el de que el frances Mongat habia mandado fabricar á la maestranza de artillería miles de esposas destinadas á maniatar hasta la frontera á los mozos que se enganchasen. Por infundada que fuese la voz, no era extraño que hallase cabida en los prevenidos ánimos de los gallegos, a cuyos oídos habia llegado la noticia de violencias semejantes á las que en la misma Francia se cometian con los conscriptos.

En medio del sobresalto llegó á la Coruña un emisario de Asturias, portador de las nuevas de su primera insurreccion, con intento de brindar á las autoridades á imitar la conducta del principado. Se presentó al señor Pagola, regente de la audiencia, quien con la amenaza de castigarle le obligó á retirarse sigilosamente á Mondoñedo. Con todo, supose, y mas y mas se pronunciaba la opinion sin que hubiera freno que la contuviese. Alcanzaron en

tanto á Madrid avisos del estado inquieto de Galicia, y se ordenó pasar allí al capitan general Don Antonio Filangieri, hombre moderado, afable y entendido, hermano del famoso Cayetano, que en su elocuente obra de la legislacion habia defendido con tanta erudicion y zelo los derechos de la humanidad. Adorábanle los oficiales, le querian cuantos le trataban; pero la desgracia de haber nacido en Nápoles le privaba del favor de la multitud, tan asombradiza en tiempos turbulentos. Sin embargo, habiendo quitado la artillería de delante de sus puertas, y mostrándose suave é indulgente, hubiera quizá parado la revolucion, si nuevos motivos de desazon y disgusto no hubiesen acelerado su estampido. Primeramente no dejaba de incomodar la arrogancia desdefiosa con que los franceses establecidos en la Coruña miraban á su vecindario desde que el oficial Mongat los alentó con su altivez intolerable, si bien á veces templada por la prudencia de Mr. Fourcroy, cónsul de su nacion. Pero mas que todo, y ella en verdad decidió el rompimiento, fué la noticia de las renunciaciones de Bayona, y de la internacion en Francia de la familia real, con lo que al pasó que el poder de la autoridad se entorpecía y menguaba, creció el ardor popular saltando la valla de la subordinacion y obediencia.

Algunos patriotas, encendidos del deseo de conservar la independenciam y el honor nacional, se juntaban á escondidas con varios oficiales para dar acertado impulso al público descontento. Asistian

individuos del regimiento de Navarra, de lo que noticioso el capitán general, mandó que aquel cuerpo se trasladase al Ferrol; medida que tal vez influyó en su posterior y lamentable suerte. En lugar de amortiguarse aviváronse con esto los secretos tratos, y ya tocaban al estado de sazón, cuando la víspera de San Fernando entró á caballo por las calles de la Coruña un jóven de rostro halagüeño, gallardo en su porte, y tan alborozado, que atravesándolas con entusiasmados gritos movió la curiosidad de sus atónitos vecinos. Avistóse con el regente de la audiencia, quien cortándole toda comunicacion le hizo custodiar en la casa de correos. Allí se agolpó al instante la muchedumbre, y averiguó que el desconocido mozo era un estudiante de la ciudad de Leon, en donde á imitación de Asturias habia la población tratado de levantarse y crear una junta. Con la nueva espuela determinaron los que secretamente y de consuno se entendian, no aguardar mas tiempo, y poner cuanto ántes el reino de Galicia en abierta insurreccion.

El siguiente dia 30 ofrecióse como el mas oportuno, impeliendo á su ejecucion un impensado incidente. Era costumbre todos los años en dicho dia enarbolar la bandera en los baluartes y castillos, y notóse que en este se habia omitido aquella práctica que solamente se verificaba en conmemoracion de Fernando III, llamado el Santo, sin atender á que el soberano reinante llevara ó no aquel nombre. Mas como ahora desagradaba su sonido al gobier-

no de Madrid, fuera por su órden ó por lisonjearle, se suspendió la antigua ceremonia. El pueblo, echando de ménos la bandera, se mostró airado, y aprovechando entónces los secretos conjurados la oportuna ocasion, enviaron para acaudillarle á Sinforiano Lopez, de oficio sillero, hombre fogoso, y que dotado de verbosidad popular, era querido de la multitud y á su arbitrio la gobernaba. Luego que se acercó al palacio del capitán general, envió por delante para tantear el ánimo de la tropa, algunos niños que con pañuelos fijos en la punta de unos palos, y gritando viva Fernando VII y muera Murat, intentaron meterse por sus filas. Los soldados, en cuyo número se contaban bastantes que estaban de concierto con los atizadores, se reian de los muchachos, y los dejaban pasar y gritar, sin interrumpirlos en su aparente pasatiempo. Alentados los instigadores, se atropellaron de golpe hácia el palacio, diputando á unos cuantos para pedir que segun costumbre se tremolase la bandera. Aquel edificio está sito dentro de la ciudad antigua; y al ruido de que era acometido, concurrió la multitud de todos los puntos, precipitándose por la puerta Real y la de Aires. Los primeros que en diputacion habian penetrado dentro de los umbrales de palacio, alcanzado que hubieron que se enarbolar la bandera, pidieron que volviera á la Coruña el regimiento de Navarra; y como acontece en los bullicios populares, á medida que se condescendia en las peticiones, fuéronse estas multiplicando; por lo que

y encrespado el tumulto, Don Antonio Filangieri se desapareció por una puerta escusada y se refugió en el convento de dominicos. No así Don Francisco Biedma y el coronel Fabro, quienes á pesar del odio que contra ambos habia como parciales del príncipe de la Paz, osaron salir por la puerta principal. Caro hubo de costarles el temerario arrojó: al Biedma le hirieron de una pedrada, pero levemente; y al Fabro que puesto al frente de los granaderos de Toledo, de cuyo cuerpo era gefe, dió con su espada de plano á uno de los que peroraban á nombre del pueblo, réciamente le apalearon, sin que sus soldados hiciesen ademán siquiera de defenderle: tan aunados estaban militares y paisanos.

Como era dia festivo y tambien por avisos circulados á las aldeas habia acudido á la ciudad mucha gente de los contornos, todos juntos, los de dentro y los de fuera, asaltaron el parque de armas, y le despojaron de mas de 40,000 fusiles. En la acometida corrió gran peligro el comisario de la maestranza de artillería Don Juan Varela, á quien falsamente se atribuía el tener escondidas las espesas que habian de atraillar á los que se llevasen á Francia. Muy al caso le ocurrió á Sinforiano Lopez sacar en procesion el retrato de Fernando VII, con cuya artimaña, atrayendo hácia sí á la multitud, salvó á Varela del fatal aprieto.

En fin, por la tarde se formó una junta, y á su cabeza se puso el capitán general; entrando en ella las principales autoridades y representantes de las

diferentes clases y corporaciones, ya civiles, ya eclesiásticas. Por indisposicion de Filangieri presidió los primeros dias la junta el mariscal de campo D. Antonio Alcedo, hombre muy cabal y prudente, y permitió en el naciente fervor que cualquiera ciudadano entrase á proponer en la sala de sesiones lo que juzgase conveniente á la causa pública. Púsose luego coto á una concesion que en otros tiempos hubiera sido indebida y peligrosa.

La junta anduvo en lo general atinada, y tomó disposiciones prontas y vigorosas. Dió igualmente desde el principio una señalada prueba de su desprendimiento en convocar otra junta, que elegida libre y tranquilamente por las ciudades de Galicia, no tuviese la tacha de ser fruto de un alboroto, y de solo representar en ella una pequeña parte de su territorio. Para alcanzar tan laudable objeto se prefirió á cualquiera otro medio el mas antiguo y conocido. Cada seis años se congregaba en la Coruña una diputacion de todo el reino de Galicia compuesta de siete individuos escogidos por los diversos ayuntamientos de las siete provincias en que está dividido. Celebrábase esta reunion para conceder la contribucion llamada de millones, y elegir un diputado que en union con los de las otras ciudades de voto en cortes, concurriese á formar la diputacion de los reinos, que constando de siete individuos, y removiéndose de seis en seis años, residia en Madrid, mas bien para presenciar festejos públicos y obtener individuales favores, que para defen-

der los intereses de sus comitentes. Conforme á su digna resolucion expidió la junta sus convocatorias, y envió á todas partes comisionados que pusiesen en ejecucion las medidas que habia decretado de armamento y defensa. Siendo idéntica la opinion de todos los pueblos, fueron aquellos á do quiera que llegaban recibidos con aplauso y sumisamente acatados. En algunos parages habian precedido alborotos á la noticia del de la Coruña, y en todos ellos se respetaron y obedecieron las providencias de la junta, corriendo la juventud á alistarse con el mayor entusiasmo. Solamente en el Ferrol hubiera podido desconocerse la autoridad del nuevo gobierno por la oposicion que mostraban el conde de Cartaojal, comandante de la division de Ares, y el gefe de escuadra Obregon que mandaba los arsenales; pero los demas oficiales y soldados, conformes con el pueblo en sus sentimientos, y pronunciándose altamente, desbarataron los intentos de sus superiores.

Conmovido así todo el reino de Galicia, se aceleró la formacion y organizacion de su ejército. Se incorporaron los reclutas en los regimientos veteranos, y se crearon otros nuevos, entre los que merece particular distincion el batallon llamado literario, compuesto de estudiantes de la universidad de Santiago, tan bien dispuestos y animados como todos los de España en favor de la causa sagrada de la patria. La reunion de estas fuerzas con las que posteriormente se agregaron de Oporto, as-

cia en su totalidad á unos 40,000 hombres.

No tardaron mucho en pasar á la Coruña los regidores nombrados por los ayuntamientos de las siete capitales de provincia en representacion de su potestad suprema, instalándose con el nombre de junta soberana de Galicia. Asociaron á su seno al obispo de Orense que entónces gozaba de justa popularidad, al de Tuy y á Don Andres Garcia, confesor de la difunta princesa de Asturias, en obsequio á su memoria. Se mandó asimismo que asistiesen á las comisiones administrativas, en que se distribuyesen los diversos trabajos, personas inteligentes en cada ramo.

El levantamiento de Galicia tuvo como el de toda España su principal origen en el odio á la dominacion extranjera, y en la justa indignacion provocada por los atroces hechos de Madrid y Bayona. Fueron en aquel reino los militares los primeros motores, sostenidos por la poblacion entera. El clero, si bien no dió el impulso, aplaudió y favoreció despues la heroica resolucion, distinguiéndose mas adelante los curas párrocos, quienes fomentaron y mantuvieron la encendida llama del patriotismo. Sin embargo, miraron allí con torvo rostro las concusiones populares dos de los mas poderosos eclesiásticos, cuales eran Don Rafael Muzquiz, arzobispo de Santiago, y Don Pedro Acuña, ex-ministro de gracia y justicia. Celosos partidarios del principe de la Paz, asustáronse del advenimiento al trono de Fernando VII, y trabajaron en secreto y con por-

fiado ahinco por deshacer ó embarazar en su curso la comenzada empresa. El de Santiago, portentoso conjunto de corrupcion y bajeza, procuraba con aparente fanatismo encubrir su estragada conducta, disfrazar sus vicios y acrecentar el inmenso poderío que le daban sus riquezas y elevada dignidad. Astuto y revolvedor, tiró á sembrar la discordia so color de patriotismo. Habia entre Santiago, antigua capital de Galicia, y la Coruña que lo era ahora, añejas rivalidades; y para despertarlas ofreció un donativo de tres millones de reales con la condicion sediciosa de que la junta soberana fijase su asiento en la primera de aquellas ciudades. Muy bien sabia que no se accederia á su propuesta, y se lisonjeaba de excitar con la negativa reyertas entre ambos pueblos que trabasen las resoluciones de la nueva autoridad. Mas la junta mostró tal firmeza, que atemorizado el solapado y viejo cortesano, se cobijó bajo la capa pastoral del obispo de Orense para no ser incomodado y perseguido.

A pocos dias de insurreccion una voz repentina y general difundida en toda Galicia de que entraban los franceses, dió desgraciadamente ocasion á desórdenes, que si bien momentáneos, no por eso dejaron de ser dolorosos. Así fué que en Orense un hidalgo de Puga mató de un tiro á un regidor á las puertas del ayuntamiento, por habérsele dicho que el tal era afecto á los invasores. Bien es verdad que Galicia dentro de su suelo no tuvo que llorar otra muerte en los primeros tiempos de su levantamiento.

Tuvo sí que afigirse y afigir á España con el asesinato de Don Antonio Filangieri, que saliendo de los lindes gallegos habia fijado su cuartel general en Villafranca del Bierzo, y tomado activas providencias para organizar y disciplinar su gente, el cual creyendo oportuno, así para su propósito como para cubrir las avenidas del pais de su mando, sacar de la Coruña sus tropas (en gran parte bisoñas y compuestas de gente allegadiza), las situó en la cordillera aladaña del Bierzo, extendiendo las mas avanzadas hasta Manzanal, colocado en las gargantas que dan salida al territorio de Astorga. Lo suave de la condicion de dicho general y el haberle llamado la junta á la Coruña, alentó á algunos soldados de Navarra, cuyo cuerpo estaba resentido desde la translacion al Ferrol, para acometerle y asesinarle fria y alevosamente el 24 de junio en las calles de Villafranca. Los abanderizó un sargento, y hubo quien buscó mas arriba la oculta mano que dirigió el mortal golpe. Atroz y fementido hecho matar á su propio caudillo, respetable varon é inocente víctima de una soldadesca brutal y demandada. Por largo tiempo quedó impune tan horroroso crimen: al fin y pasados años recibieron los que le perpetraron el merecido castigo. Habia sucedido en el mando por aquellos dias al desventurado Filangieri Don Joaquin Blake, mayor general del ejército, y ántes coronel del regimiento de la Corona. Gozaba del concepto de militar instruido y

de profundo táctico. La junta le elevó al grado de teniente general.

De Inglaterra llegaron tambien á Galicia pron-  
tos y cuantiosos auxilios. Su diputado Don Fran-  
cisco Sangro fué honrado y obsequiado por aquel  
gobierno, y se remitieron libres á la Coruña los pri-  
sioneros españoles que gemian hacia años en los  
pontones británicos. Arribó al mismo puerto Sir  
Carlos Stuart, primer diplomático ingles que en ca-  
lidad de tal pisó el suelo español. La junta se esme-  
ró en agasajarle y darle pruebas de su constante  
anhelo por estrechar los vínculos de alianza y amis-  
tad con S. M. Británica. Las demostraciones de  
interés que por la causa de España tomaba nacion  
tan poderosa, fortificaron mas y mas las novedades  
acaecidas, y hasta los mas tímidos cobraron espe-  
ranzas.

Santander agitado y conmovido ponía en sumo  
cuidado á los franceses, estando casi situado á la  
rétaguardia de una parte considerable de sus tro-  
pas, y pudiendo con su insurreccion impedir fácil-  
mente que entre sí se comunicasen. Tambien te-  
mian que la llama una vez prendida se propagase  
á las provincias baseongadas, y los envolviere á fa-  
vor del escabroso terreno, en medio de poblaciones  
enemigas, fatigándolos y hostigándolos continuada-  
mente. Así fué que el mariscal Bessieres no tardó  
desde Burgos en despachar á aquel punto á su ayu-  
dante general Mr. de Rigny, que despues se ha  
ilustrado mas dignamente con los laureles de Na-

Levantamien-  
to de Santan-  
der.

varino. Iba con pliegos para el cónsul frances Mr.  
de Ranchoup, por los que se amonestaba al ayun-  
tamiento, que en caso de no mantenerse la tranqui-  
lidad, pasaria una division á castigar con el mayor  
rigor el mas leve exceso. Semejantes amenazas lé-  
jos de apaciguar acrecentaron el disgusto y la fer-  
mentacion. Estaba en su colmo, cuando una leve  
disputa entre Mr. Pablo Carreyron, frances avecin-  
dado, y el padre de un niño á quien aquel habia re-  
prendido, atrajo gente, y de unas en otras se ena-  
decio el pueblo clamoreando que se prendiese á los  
franceses.

Tocaron entónces á rebato las campanas de la  
catedral y los tambores la generala, resonando por  
las calles los gritos de viva Fernando VII y muera  
Napoleón y el ayudante de Bessieres. Armado co-  
mo por encanto el vecindario, arrestó á los france-  
ses, pero con el mayor órden; y conducidos al cas-  
tillo cuartel de San Felipe, se pusieron guardias á  
las puertas de las respectivas casas de los presos pa-  
ra que no recibiesen menoscabo en sus propieda-  
des. Era aquel dia el 26 de mayo, y como de la As-  
cension festivo; por lo que arremolinándose nume-  
rosa plebe cerca de la casa del cónsul frances, se  
desató en palabras y amenazas contra su persona  
y la de Mr. de Rigny. Sus vidas hubieran peligra-  
do si los oficiales del provincial de Laredo que guar-  
necian á Santander, no las hubieran puesto en sal-  
vo exponiendo las suyas propias. Los sacaron de la  
casa consular á las once de la noche, y colocándo-